

LA ERA DE LA MAGIA. Primera parte. CONOCIENDO
CASTRO VIEJO

Elena Llorente Domínguez

LA ERA DE LA MAGIA



Primera parte

Conociendo Castro Viejo

Elena Llorente

Capítulo 1

CASTRO VIEJO

El silencio aplastaba sus sentidos como si fuera una enfermedad que se expande por el aire. En el interior de la torre prohibida, dos guardias encapuchados custodiaban la puerta de acceso a la única e inhóspita sala. Ambos permanecían inmóviles. Habían sido entrenados durante años para lograr ese estado de ensimismamiento que les permitía desentenderse del mundo exterior y aislarse de la magia negra. No podían mirarse, no podían mediar palabra, más les valía concentrarse en la nada, pues sus corazones estaban a expensas de la voluntad de Féral, el prisionero, que esperaba una mínima distracción para detener el bombear de la sangre en sus pechos. Solo por el mero placer de matar, pues igualmente le era imposible liberarse. El cofre estaba sellado con magia ígnea, contra la que no podía lidiar.

Esperaba, flemático, detrás de la puerta de acero, cuya única y diminuta abertura al exterior era un pequeño ventanuco cruzado por dos barrotes en forma de cruz. Estaba terminantemente prohibido asomarse por el ventanuco, nadie tenía permiso para mirar lo que había dentro de la sala y se rumoreaba que quien lo hiciera moriría en el acto. Otros contaban que dentro había un valioso tesoro, montones de oro y plata. Y había quien decía que dentro se hallaba un portal a otra dimensión.

Los guardias permanecían con los ojos cerrados para no parpadear, para no vacilar ni un solo segundo. El silencio y la penumbra acompañaban el latir sosegado de ambos corazones y el lento subir y bajar de sus pechos, que movían al unísono, impulsados por el trance. La rigidez y la tensión se hacían tan insoportables que algunos guardias no duraban mucho; sin embargo, eran innumerables las solicitudes para ostentar dicho puesto. Demasiados hombres y mujeres ansiaban poner a prueba sus sentidos. Batirse con la muerte era una droga harto adictiva, ansiaban demostrar que no le tenían miedo a nada y que eran capaces de controlar la voluntad y mantenerse cuerdos, a salvo de su propio impulso suicida que les empujaba a saciar su curiosidad.

En el interior de la sala, la oscuridad se hacía aún más profunda y el mutismo parecía haber encontrado su morada definitiva. El único mueble era una mesa de mármol situada en el centro y, sobre ella, había un cofre negro con un diamante encima. El cofre se desplazó lentamente hasta el borde de la mesa. Sin duda, Féral conservaba algo de su antiguo vigor dentro de aquella cárcel de madera de fresno.

Capítulo 2

Capítulo 1. Cambio de estrategia

Mientras el río de lava teñía de luces anaranjadas las paredes de piedra vieja y avanzaba por el foso del castillo, los desechos caían desde enormes aberturas y se chamuscaban en contacto con la superficie de lava. Emitían un sonido profundo, semejante al aullido desesperado de un animal moribundo. La lava incandescente se movía con parsimonia y reflejaba formas demoníacas sobre el muro, ningún animal osaba acercarse al castillo rodeado de fuego líquido. Resultaba aún más terrorífico por la noche, cuando el anillo que fluía lentamente como una serpiente merodeadora brillaba contrastando con la noche oscura. Y desde el bosque, que reinaba a los pies de la fortaleza, resonaban en forma de eco gritos y voces escalofriantes que traía el viento. Sin embargo, al otro lado del muro, vivía un pueblo entero, con sus defectos y sus virtudes, ajeno a los misterios más allá del castillo. Niños, mujeres y hombres aislados de cualquier contacto con el exterior.

A primera hora del día, si te acercabas lo suficiente a los muros y observabas por encima de los baluartes, se oían las primeras risas de la mañana. Los hijos de los criados corrían de un lado al otro, el escudero golpeaba con fuerza una herradura y una mujer tendía las sábanas blancas de los aposentos de la corte.

Precedidas de una fuente de agua dulce, las puertas de entrada al palacio se abrían paso sobre las escalinatas de piedra. El castillo estaba compuesto por siete torres de vigilancia. En su interior, lujosos dormitorios y salones, baños dignos de un rey, escaleras arriba y abajo y muchas puertas antojadizas.

Colgando de las descomunales paredes del salón principal del castillo había impresionantes tapices de hilo dorado y terciopelo. En uno de ellos aparecían hombres y mujeres montados sobre estilizados dragones, que sobrevolaban el mapa de la península de Castro Viejo. Otros tapices presentaban imágenes de antiguos miembros de la Familia de Fuego y de la Familia del Aire, cuyo árbol genealógico ocupaba la pared más larga de toda la sala. Y coronando las dos puertas, dos tapices enormes con la imagen de la actual insignia de la Familia de Fuego: un dragón sentado sobre un cofre negro que estaba sellado por un diamante.

Sibila se detuvo al final del pasillo, frente al ventanal que daba a la torre prohibida, sus ojos reflejaban las llamas que chispeaban en el foso, parecían dos estrellas encendidas eclipsadas por la figura fantasmal de la torre maldita. A sus espaldas apareció un hombre que respiraba fatigado,

tenía el pelo muy corto y una poblada y enmarañada barba.

—¿No han encontrado todavía a ese sirviente? —preguntó Sibila sin muchas esperanzas.

Fabián se giro hacia la dama morena oscilando ligeramente.

—No, mi señora, dos guardias de la noche han partido en su busca.

Sibila empezó a maldecir por lo bajo y apoyó las manos sobre el canto de caoba de la ventana con una mezcla de enfado y aprensión mientras negaba con la cabeza moviéndola levemente a un lado y al otro.

—En todos los años que tengo de vida, jamás, jamás ningún siervo había salido del castillo —la dama entrecerró los ojos y frunció el ceño—. Este movimiento de ficha lo cambia todo.

—La guardia lo encontrará, mi señora.

—Es demasiado tarde —la torre maldita se erguía silenciosa ante sus ojos como un águila esperando pacientemente a que su presa salga de la madriguera—. Ese cofre es una amenaza constante.

Al otro lado del cristal, un cúmulo de nubes grises y negras se agolparon en el horizonte coronando la estrecha y redonda torre en la que tenían puestos los ojos. Se alzaba desde el fondo del foso, a pocos metros de los muros del castillo, y superaba en altura a toda la fortaleza. No tenía ventanas, piedra contra piedra, se cerraba sobre sí misma. El único vínculo entre la inhóspita torre y el Castillo de Fuego era un puente custodiado por varios hombres armados con hachas y cuchillos.

Sibila atravesó el pasillo que daba a su dormitorio. En la chimenea unas brasas ardían débilmente y conservaban el calor del fuego. Sacó un cirio amarillento del cajón de la escribanía y se arrodilló frente a la chimenea para encenderlo metiendo la mecha entre las brasas. La habitación se iluminó con esa llama humeante que parpadeaba. Se miró las manos recogidas una encima de la otra agarrando la vela. En sus muñecas empezaban los brazaletes grises y pesados que ocupaban todo el antebrazo. Apoyó el cirio en un molde metálico que había sobre la mesa y escribió algo en un trozo diminuto de papel, que luego enrolló. A continuación, se acercó a la ventana, donde había varias palomas dormidas. Con rapidez y agilidad cogió una de ellas, el ave se despertó asustada y Sibila acarició su suave plumaje blanquecino para tranquilizarla, se la acercó a la cara y susurró, como si quisiera dormir la de nuevo. Entonces con habilidad de cirujano ató el papel a una de sus patas con una fina cuerdecilla roja. Se aseguró de que no se caería cogiendo a la paloma entre las manos y dejando sus patitas al aire. Volvió a la ventana y echó a la paloma, que surcó el cielo sobrevolando el foso

del castillo y siguió por encima del Bosque Encantado en dirección a Robledal.

Sibila comenzó a desnudarse mientras contemplaba la llama. La luz rojiza descubrió unas tenues líneas que surcaban su espalda como las estelas del mar a la luz de la luna. El camisón de seda acarició las cicatrices con la suavidad de los besos de un amante experimentado y Sibila caminó descalza hasta un arcón de madera de acacia.

Se palpó el pecho buscando la llave que le colgaba del cuello en una cadena de oro. Se sacó el collar haciendo ondear el cabello como una ola sobre la espalda e introdujo la llave por la cerradura. El mecanismo emitió un sonido metálico y abrió el baúl lentamente.

En su interior había una espada de hierro fundido, la tomó entre sus manos, cerró los ojos y musitó unas palabras.

Empuñó la espada y se colocó en posición de combate dando varios giros y deteniéndose en seco. Tenía el semblante serio e inexpresivo. Hizo oscilar la espada a gran velocidad cruzándola sobre sí misma y los brazaletes cayeron hechos pedazos. A la luz de la llama, se le marcaron las arrugas de la frente, las ojeras trazaron una sombra bajo sus ojos anaranjados, que brillaban como el sol otoñal al amanecer. Su piel traslúcida estaba plagada de diminutas manchas. Exhaló un hondo suspiro y apoyó cómodamente la espada sobre uno de los hombros. Levantó un trozo de lona que había dentro del baúl y le sacó brillo al frío metal, por un momento se topó con sus ojos almendrados, que se reflejaban en la espada y distinguió una honda tristeza, como una herida demasiado profunda para cicatrizar. Clavó el arma a los pies de la cama y se dejó caer sobre el colchón, acarició el frío metal con sus dedos largos y delicados, y el sueño la recibió como un abrazo invisible y reconfortante.

En sueños, Sibila volvió a estar delante del caldero mágico de Visnur, último mago de la Familia de Tierra. No era una fantasía nocturna, más bien era el recuerdo de algo que ocurrió hacía ya cincuenta y tres años, cuando ella solo era una niña. Visnur quiso premiarla por haber matado a uno de los demonios que disturbaban sus tierras. Sibila ya era buena con el arco a la edad de once años y persiguió a ese demonio oscuro y malicioso durante semanas. Para ella no era más que un juego, pero para Visnur fue una muestra de la valentía que la hacía diferente a cualquier mago o maga que conociera, ya que no le temía a nada, quizás por esa fuerza y temeridad que tienen los niños en la infancia y que Sibila había convertido en su estandarte.

A fuerza de cazar demonios y a causa de sus habilidades e imaginación a la hora de engañarlos y hacerles caer en sus redes, se ganó el sobrenombre de Espantademonios. Todos los magos y magas la admiraban por ello; sin embargo, ella insistía en que no había cosa más

divertida que cazar demonios y que le parecía lo más fácil del mundo. Lo que suelen decir aquellos que tienen un don y no saben admitirlo. Pues nadie más era capaz de acercarse tanto a un demonio sin ser visto ni oído, ella parecía invisible a sus ojos y quizás por ello la odiaban y la temían tanto. Es más, Sibila también era inmune a sus engaños y maleficios, como si hubiese nacido vacunada contra esa enfermedad crónica y corrosiva que representaban los demonios para las gentes de Castro Viejo.

Aquellos oscuros demonios cascarrabias que antaño gozaban de sus travesuras a la luz del día y que mataban el ganado, que destrozaban las cosechas o devoraban bebés por mera diversión y regocijo de sus huecas almas, acabaron escondiéndose en madrigueras y pasadizos subterráneos, por temor de ser cazados por Sibila la Espantademonios.

En una ocasión, Sibila estaba al acecho detrás de unos setos y vio cómo un demonio estaba a punto de atacar a un cervatillo. Los demonios emplean todo tipo de trucos, a veces cavan hoyos en el suelo y los cubren con ramas y hojas, entonces asustan a los animales para dirigirlos a la trampa y cuando caen en el hoyo, se les oye reír a carcajadas. Les da igual si el animal se rompe una pata, si no puede volver a salir o si con la caída le aseguran la muerte. Lo hacen por diversión. Y eso exasperaba a la pequeña Sibila. Aquel día, con gran sigilo y temple, Sibila se acercó al negro demonio.

Los cuerpos de los demonios son completamente negros y arden como una llama oscura e ignífuga. Aunque den la impresión de arder en llamas, los demonios no queman, pero eso sí, dejan a su paso un rastro de podredumbre y hedor insoportables. Si un demonio posa sus macilentos pies sobre la tierra, esta queda estéril y yerma durante semanas, el olor permanece durante días y, si no se limpia bien la zona, aparece un charco sucio y fangoso, que puede expandirse hasta formar un pantano. Así fue como se crearon los pantanos, en una zona apartada del Bosque Encantado, donde habitan infinidad de demonios de todas las razas, los hay diminutos y de gran tamaño, los hay llameantes y hay otros sólidos como la rocas. Pero todos coinciden en esa falta de escrúpulos, ese desconocimiento de cualquier empatía o compasión y un narcisismo sin igual.

Sibila se acercó tanto a aquel demonio que pudo ver sus ojos negros como los de una cabra y los dientes afilados dentro de su sardónica sonrisa, el demonio estaba en cuclillas y dentro de la llama se le veía flaco y arrugado, jorobado y deforme, sus largas piernas estaban llenas de muñones y a sus escurridos brazos les seguían unas manos que en vez de dedos mostraban afiladas garras acabadas en pinchos.

Sibila no tenía miedo, estaba tan cerca que casi rozaba la llama negra que lo envolvía, lo miraba con una curiosidad pasmosa. El demonio no podía

evitar hacer ruiditos al absorber la baba que le caía por entre los dientes mal colocados y amontonados de su maloliente y desproporcionada boca. Se frotaba las manos con nerviosismo y parpadeaba olisqueando a distancia al cervatillo.

Sibila no entendía por qué no la podía ver ni notar, pero le encantaba poder acercarse tanto sin ser percibida.

—¡Bu! —dijo Sibila a espaldas del demonio, que pegó un bote y se dio la vuelta abriendo la enorme boca, desfigurando la cara y alargando los ojos. Antes de que el demonio la mordiera, Sibila disparó un gancho que lo traspasó, se abrió una red y la figura oscura fue derribada y apresada. Sibila sacó de su bolsillo una botella de gotas de rocío y vertió un poco del contenido sobre el infame demonio, que se consumió en contacto con las gotas convirtiéndose en un precioso tulipán azul.

Ahora, atraída por los caminos oníricos de la mente, estaba frente al caldero de Visnur, en su interior el reflejo de su cara de niña se difuminó lentamente y pudo recordar las palabras del mago de Tierra: "Cuando parta el fugitivo, la adversidad se cernirá sobre el castillo"

Habían pasado más de cincuenta años y por fin entendía a qué se refería la profecía.

Capítulo 3

Capítulo 3. Los protectores de Robledal

En el campo de batalla, la luna era la única luz en la noche oscura, como una espectadora privilegiada que abarcara todo el mundo conocido. Corría un viento frío y punzante, que llegaba a la cara en forma de afiladas esquirlas de hielo. Las ramas de los árboles crujían guiadas por el impetuoso viento mistral, muchas de ellas acabaron desquebrajándose y lanzándose como armas arrojadizas movidas por la voluntad azarosa del viento, arrastrando a hombres y mujeres, que veían con inesperado pavor el final de sus vidas aplastados bajo troncos voladores.

Una nube de polvo cubría la muchedumbre de guerreros sanguinarios, que como navíos solitarios perdidos en la tempestad, atizaban las armas sin ver a donde las dirigían, guiándose por los gritos de dolor y por la sensación de profundidad que les abordaba al penetrar la carne del enemigo. Ambos bandos se enfrentaban invadidos por la furia. Los sonidos del metal chocando entre sí inundaban de agonía cada paso dado al frente y hacían resonar en los corazones de cada guerrero la necesidad de sobrevivir a la noche oscura. Las vidas se agarraban a las piedras, se arrastraban por el terreno traicionero rasgándose las vestiduras y muchas de ellas emitían su último alarido, como despedida definitiva.

La nube de polvo se disipó, el viento sopló suavemente acariciando las heridas de los soldados, que avanzaban rodeados de cuerpos inertes. Por un momento todos miraban alrededor para situarse y pronto volvieron a atacarse entre ellos. Blas de Ortega levantó su espada profiriendo un grito estremecedor, y asestó a diestro y siniestro golpes certeros y mortíferos. Su insignia -un yunque- protegía el corazón del guerrero.

El sonido de las armas pinchando y cortando llenaba con su eco un kilómetro a la redonda. Se veían cuerpos partidos por la mitad. Cabezas que se deslizaban colina abajo. Cuchillos punteando directos al corazón. Los soldados de Robledal guiaban sus armas con ligereza bloqueando al enemigo, presionando y avanzando sobre los charcos de sangre con el ímpetu propio de los dementes, penetraban en la carne como absorbidos por una fiebre asesina.

El Caballero de Fuego empujó la espada contra El Caballero de Zafiro, que retrocedía arrastrado por la fuerza de su contrincante. Fuego le hundió la espada entre la armadura y el casco haciendo brotar la sangre. El Caballero de Zafiro cerró los ojos de dolor, dio varios tumbos y se desmadejó. Cayó como un muñeco de plomo. Su cabeza golpeó el suelo,

rebotó y se quedó quieta, ligeramente ladeada.

Blas de Ortega presenció el final mientras clavaba su espada en otro enemigo. Una divisa de la Familia de Fuego brillaba en el suelo a sus pies. Escupió y la enterró de una pisada. Sonaron las cornetas, el final de la batalla había llegado. Algunas decenas de soldados de Zafiro corrieron a refugiarse tras las colinas boscosas, donde aguardaban sus caballerizas. Otros quedaron sobre el suelo gimiendo de dolor y Fuego levantó la espada en señal de victoria.

A la mañana siguiente, en Robledal el sol iba bañando las extensas y gruesas murallas que la protegían. Su distribución radial hacía que se pareciera a un enorme iris cuya pupila central era un palacio redondo. Dicho palacio estaba rodeado de pequeños edificios de una planta con paredes grises y marrones.

Los colores vivos había que buscarlos en el mercado que estaba situado muy cerca de una de las entradas a la ciudad. En él se respiraba el murmullo de los sacos y vasijas vaciándose, los cantos de los vendedores, que procuraban persuadir a los viandantes; se oía el ruido de las carrozas, los cascos de los caballos y las risas de los ciudadanos. Un ambiente alegre y festivo, siempre amenizado por bufones o artistas callejeros muy conocidos y queridos por todos, que un día contaban historias burlescas y otro día dedicaban largos parlamentos a las hazañas y gestas de épocas pasadas. Y una vez al día, también se hacía ver por allí y por otros puntos de la urbe, el pregonero, que daba buena cuenta de lo que llegaba a la ciudad y de todo aquello que fuera importante para los ciudadanos, haciendo relación de los últimos acontecimientos. Los barrios estaban separados entre sí por plazuelas en las que siempre había algún árbol para dar sombra, bancos de piedra para sentarse a ver pasar la gente o dar de comer a las palomas y un pozo público. También había jardines de gran importancia, todos cerca del palacio central y algunos más grandes que el propio palacio. En uno de ellos había una enorme fuente de agua dulce proveniente de un antiguo manantial que perduraba desde hacía siglos; de la fuente salían caminitos de agua que bañaban los árboles frutales y las flores, humedeciendo el jardín. Era costumbre que los ciudadanos que lo visitaban guardaran silencio y lo recorrieran con pausa para llenarse de paz.

En la sala del consejo había un gran revuelo. La paloma de Sibila picoteaba unas semillas encima de la mesa de madera de cedro que coronaba el espacio, mientras alrededor hombres y mujeres discutían acaloradamente. La carta estaba sobre la mesa.

"Lope de Rueda el Inventor, sirviente del Castillo de Fuego,

ha huido y está desaparecido. Peligro inminente.

Castillo desprotegido."

Lorenzo, que estaba sentado con las manos sobre su túnica blanca, se rascó la incipiente calva e hizo una mueca de fastidio.

—Cambiemos de tema: hay noticias de que la guerra ha comenzado por fin en el sur. Los guerreros tienen órdenes de matar al Caballero de Zafiro.

Ginesa de Espina se alisó el bordado de la falda con los dedos, su mirada denotaba frialdad, dureza y enfado.

—Ese testarudo nunca debió contradecir los acuerdos del consejo.

—Su abuelo fue un pésimo rey y su familia no debe volver a reinar, ni esa ni ninguna, el consejo es la única autoridad ahora. —dijo Juan de Espina arrancando las palabras como si diera mordiscos.

Pedro dio un pequeño y contenido suspiro y levantó la cabeza.

—Blas de Ortega y el Caballero de Fuego no fallarán.

Salicia, la única guerrera que formaba parte de la reunión del día, intervino entonces dando un golpe sobre la mesa con su robusto puño.

—¿Y qué pasa con la seguridad del cofre maldito?

—Hemos hecho volar la noticia entre la guardia de la ciudad por si se acerca por aquí. —dijo Lorenzo con un gesto de amargura.

—¿Cómo le llaman? —preguntó el anciano Temis con voz temblorosa.

—El Inventor. —dijo Salicia volviéndose a sentar como si quisiera romper la silla con el trasero.

—Es posible que no sepa el peligro que supone desvelar ciertos secretos... —afirmó Lorenzo abriendo los ojos y apretando los labios.

Salicia dio un gruñido, se levantó airada con la impresión de que estaba ante una panda de estúpidos, y sin mediar palabra, se acercó a la ventana. Los tejados de las casas contrastaban con el desierto de la meseta que rodeaba las murallas; a lo lejos se divisaba El Bosque Encantado, como una línea de verdura en el horizonte; al oeste, La Cordillera del Olvido; al otro lado, apenas unas colinas lejanas que no permitían ver El Mar del Este, cuyas aguas recorrían un largo camino bañando la costa. Y al sur, las montañas rocosas y las dunas fosilizadas de

El Desierto del Cabo, que precedían a las tierras bajas, donde se refugiaba la Familia de Zafiro.

Capítulo 4

Si quieres continuar leyendo esta historia, está disponible en Amazon.
Buscala como:

"LA ERA DE LA MAGIA"

Puedes comprarla en ebook o tapa blanda.

Un saludo,

Elena.

PD: para sugerencias y preguntas, puedes contactarme en
emocionesbasicasibiza@gmail.com